

La construcción del discurso del odio como forma de generar empatía

En los últimos tiempos asistimos azorados a una andanada casi virulenta de sin sentidos que, a no ser por algo que mueve las fibras más íntimas, no debería ocurrir. Vemos como miles de personas rompen inclusive hasta las reglas de la lógica, animándose a ir contra lo que en otros momentos debería infundirles al menos temor, como es la falta de salud.

Cuál es esa fuerza que mueve a estos seres humanos a enfrentarse contra situaciones que podrían incluso poner en riesgo su vida? Una sola respuesta encuentro aunque busque profundamente. El odio.

El médico catalán Albert Jovell, que considera al odio como una enfermedad social grave, considera que “el sujeto que odia persigue, en pensamiento o acción, la destrucción del sujeto u objeto en el que proyecta su odio. Cualquier estrategia orientada a esa destrucción, incluida la mentira, le es válida al que odia, tanto que suele acabar creyéndosela como argumento para ganar adeptos y justificar pensamientos y acciones violentas. Para Jovell, “El odio necesita confirmarse de forma continuada, cohesiona grupos cerrados y crece ante la presencia del sujeto odiado”.

Si analizamos el discurso de gran parte de la oposición en la Argentina, vemos que la construcción de su relato, anida fundamentalmente en varias de las premisas anunciadas por el médico catalán, y contrariamente a lo que podríamos haber pensado, la pérdida del Poder no hizo que la usina de odio decreciera, sino que profundizó su tarea, obviamente porque el sujeto de su odio permanece inalterable, y más aún, detenta ahora un poder que le pertenece.

La tan mentada grieta que supuestamente separa al país, no es más que una parte del armado semántico de lo que podríamos considerar un proyecto a largo plazo, que contrariamente a lo que parece, viene generándose desde hace mucho tiempo en la Argentina, y recrudece cuando los sectores populares pueden tomar el Poder o acercarse al mismo. Sólo por tomar referencias más cercanas en el tiempo, la caída de Yrigoyen defenestrado hasta el desgaste desde los medios que ya empezaban a jugar un papel preponderante en este juego, la caída de Perón, de la mano no sólo de los sectores oligárquicos sino de gran parte de la clase media, los golpes militares, en especial el del 76, son muestras que bien valdrían un análisis en profundidad, pero que a primera vista tienen un denominador común: el odio hacia un modelo personificado en cada uno de los momentos con algo que identifica a los que lo practican. Un enemigo presente, que viene a desarmar la estructura social que te cobija, y que te otorgue o no privilegios, es la que te ha formado y contra la cual no vale la pena luchar.

Las desigualdades sociales que a lo largo se han multiplicado en el país, el poco sentido de inclusión social, la teoría machacada sistemáticamente de la salvación individual y el mal entendido ascenso social, han favorecido este discurso generado por los poderosos, basado en la consolidación del conservadorismo más reaccionario, y en la hipótesis que “vienen para quitarte lo que tenes” (cuando por décadas los sectores oligárquicos argentinos se han quedado con tu parte de la torta) machacadas desde medios corrompidos por la pauta o por ser parte de la clase dominante, a tal punto que podemos asistir a la creación de un sujeto “odiador”, al que una vez configurado hay que ponerle enfrente un objeto que canalice su odio. Ya sea una mujer como es el caso de Cristina, o una idea política, como es el caso del peronismo. Con eso, y el fogoneo constante tenemos ya un soldadx del odio, que no busca la confrontación con el otro sino la aniquilación del mismo, y cuando esto no sucede, no duda en poner en riesgo hasta su propia salud con tal de ser parte de la legión de Cruzados que van en busca del Santo Grial.

En su trabajo, “Apuntes sobre el discurso del odio en la sociedad contemporánea”, Piedad Bonnett explica que Manuel Arias, autor de La democracia sentimental, habla de cómo los partidos explotan el lado emocional de la ciudadanía, y cómo las redes sociales llevan esta emocionalidad a unos niveles tales que hacen que la argumentación razonada sea mínima y, por tanto, se caiga en una superficialidad que actúa en detrimento de la verdadera democracia.

En tanto Carlos Cortés, abogado y periodista, explica claramente que “cuando nuestra comunicación está mediada por un dispositivo, corremos el riesgo de perder la empatía” y, por tanto, [...] la mediatización del intercambio hace que las personas pierdan conciencia sobre sí mismas y que subestimen o dejen de lado los efectos negativos de sus actos.” En consecuencia, esa pérdida de conciencia es sobre uno mismo y sobre el otro, y da paso a comportamientos impulsivos que en otras condiciones suelen inhibirse y que, especialmente, llevan a perder la consideración de los demás”, agrega Bonnett.

Que hacer frente a este fenómeno que no parece destinado a irse, sino que por el contrario, en los últimos tiempos parece profundizarse al punto del golpismo?

Trabajar profundamente desde nuestros lugares en una denuncia sistemática, no conformarnos con condenar el odio y la violencia, sino buscar debilitarlo. Desmenuzar el discurso del odio, analizarlo en sus marcos de referencia, buscar sus orígenes y sus modos de multiplicarse, pensar una comunicación distinta, horizontal y ganar la calle con esos nuevos espacios.

Siguiendo a Martha Nussbaum , hay que construir una ética cívica que se transmita a través de la educación formal e informal; y buscar en forma permanente el conocimiento y el acercamiento hacia el otro, no como manera

de hacerlo parte sino como una referencia de construcción de una sociedad donde el distinto no necesariamente viene por nosotros.